

FÁBRICAS Y MEMORIAS DEL DESARROLLO UNA HERENCIA CULTURAL EN EL TERRITORIO

Recibido: 2/9/2015 • Aprobado: 1/10/2015

Miguel Ángel Álvarez Areces

INCUNA (Industria, Cultura y Naturaleza)
Presidente del TICCIH España (Comité Internacional
para la Conservación del Patrimonio Industrial)

La fábrica aparece como una metáfora congelada del sentimiento histórico del poder económico. El patrimonio industrial es un recurso activo protagonista de un paisaje singular y de unos territorios o ciudades que se recuperan por dentro, crecen por fuera, integran sus límites y entienden los conjuntos industriales como oportunidades de recuperación urbana y paisajística con la notable visibilidad que da el conocer estas señas de identidad.

Los procesos de conservación, restauración, rehabilitación y valorización de los paisajes, en especial de los vinculados a la industrialización, muestran su capacidad para dotar a amplios espacios metropolitanos de nuevos usos que han ido destinados principalmente a la economía de la cultura o a los consumos turísticos y permiten discutir acerca del potencial que tiene el patrimonio industrial como nuevo bien cultural.

El concepto de progreso imperante en muchos ámbitos ha demeritado la esencia territorial manteniendo una actitud de olvido, de ignorancia o menosprecio. Con la excusa del crecimiento, que siempre se contempla en datos o cifras en forma cuantitativa, no cualitativa, se ha acelerado la desaparición o la destrucción de los patrimonios por falta de sensibilidad, de conocimiento, de

reconocimiento social, de carencias en medios humanos y materiales para su protección, con una agresiva especulación sobre predios y terrenos, siendo causante estos fenómenos de percepciones negativas. Las externalidades y repercusiones medioambientales ocasionadas por la industria son otro factor que penaliza, al igual que su gran dimensión, o la gran escala de los objetos tratados y la complejidad material del patrimonio de la industrialización que dificultan su conservación.

La fábrica es el centro alrededor del cual se interrelacionan otros lugares y elementos de la industrialización. El legado y testimonio de la industria es el patrimonio industrial que comprende también otros espacios que desbordan el edificio e instalaciones fabriles donde se alojan los equipos de producción, se inserta en el paisaje con sus diversos matices que pueden ser percibidos por los sentidos o en cambio forman parte del imaginario colectivo, valorando viejos oficios, técnicas constructivas, fiestas populares, tradiciones, leyendas, lenguaje popular, vegetación o bosques, puentes, monumentos, haciendas o palacios, estatuas, lagos, ríos, ingenios, fábricas con sus chimeneas, minas, canteras, torres, máquinas o molinos, diferentes tipos de patrimonio con sus valores implícitos para conseguir un desarrollo integral del territorio.



La Fundidora de Monterrey.

La historia de las fábricas es parte de la memoria del desarrollo en el territorio construida a través de luchas, esfuerzo, sacrificio, penalidades, ilusiones y vivencias que han hecho avanzar a la humanidad.

Memorias del desarrollo. Industria y paisaje

El primer desarrollo industrial incide sobre una región agraria con ubicuidad de los sistemas hidráulicos. El incremento de energía requerido por el proceso de industrialización se centra en muchos casos en dispositivos hidráulicos a bajo coste aprovechando la fuerza motriz del agua. Pero, sin duda, son el vapor, el carbón y el acero, con la línea conductora del ferrocarril, los que marcaron la impronta de la industrialización.

El autor de la obra “Elogio del Horizonte”, el escultor y artista *Eduardo Chillida* se inspiró en “el sonido del mar” para la ubicación y creación de su extraordinaria escultura sita en un cerro de Gijón frente al mar Cantábrico, sugería también Chillida que se escuchase el “sonido de los edificios”, una provocación sugestiva para la rehabilitación edilicia y con sensaciones necesarias para acercarse a la memoria petrificada de monumentos y ruinas.

El patrimonio industrial son trazas del trabajo en un territorio¹, en este sentido distinguimos entre territorio y paisaje de forma que aquel es el espacio de obrar del hombre y el paisaje la visión que percibimos y tenemos del mismo. En este legado confluyen señas de identidad que se unen a aspectos culturales y componentes simbólicos. En el caso del patrimonio de la industrialización las culturas del trabajo se asocian con la historia de la tecnología, de la arquitectura, de la geografía, el arte y la naturaleza, en un contexto social y territorial con determinadas y peculiares formas de ver y entender la vida.

En las últimas décadas asistimos a una etapa donde se evidencian lo que Muñoz (2008) denomina territorios en deconstrucción², que son resultado de la crisis del *fordismo*, de la *desindustrialización* de amplias áreas urbanas y periurbanas, en una época que también ofrece la disponibilidad y acceso a nuevas tecnologías. El caso es que tenemos una segmentación y especialización de la actividad económica y de sus localizaciones en el territorio, con la aparición de procesos y realidades de una producción flexible en un territorio flexible, ello ocasiona unas nuevas estrategias y forma de organización espacial donde prima el componente esencial del sistema mercantil capitalista cual es la obtención del lucro o beneficio, en teórica concurrencia o competencia de los agentes económicos. La reducción de los costes de factores locales, la ampliación de mercados, la innovación tecnológica, la segmentación de la producción tienen obviamente su correlato en un distinto entorno geográfico y unas conductas empresariales diferentes donde la reorganización espacial, deslocalización y relocalización hace emigrar y

volver a localizar las actividades económicas hacia zonas de menores costes.

La segmentación espacial de las funciones de la empresa, la internacionalización de los mercados por medio de la formación de filiales, unas nuevas estrategias de organización en red son características de esta nueva fase, también el nuevo rol, relación y ubicación de la ciudad postindustrial en una doble transición en la organización de la producción y del consumo.

Como comenta la periodista canadiense Naomi Klein (2007)³ acerca de la eclosión de marcas y spots en el nuevo concepto de branding de la vida empresarial, del marketing urbano y de las empresas, evidencia que grandes empresas de enorme valor añadido, pero cuya expresión concreta, de ubicación física u organización del trabajo, está muy alejada de lo que concebimos o entendemos en nuestra percepción de la producción como “fábrica”.

Klein describe la naturaleza de esta nueva clase de empresarios como “una nueva raza de hombres de negocios que te informaban con orgullo que la marca X no era un producto, sino un estilo de vida, una actitud, un conjunto de valores, un look, una idea”. El fundador de Nike, Phil Knight proclamó a los cuatro vientos a finales de la década de los ochenta que su negocio era “una sociedad de deportes” no el hecho de fabricar zapatillas, y su objetivo era “mejorar la vida de la gente a través del deporte y la forma física”. De este modo también “Polaroid no es una cámara de fotos, sino un lubricante social”. Y por supuesto la IBM no vende ordenadores, sino “soluciones para negocios”. La empresa de Swatch no son relojes, sino una “idea del tiempo”. Pero para la autora de “la doctrina del shock”, nadie asimiló mejor la lección que Tommy Hilfiger, que “se ocupa menos de fabricar ropa que de poner su firma”. La autora canadiense se pregunta “¿que es lo que fabrican en realidad? y se responde de forma cáustica: “nada en absoluto”.

Otra cuestión que ha modificado nuestra idea tradicional de la fábrica como centro referencial de un lugar concreto es la llamada “producción flexible”, que trae consigo



Antiguas instalaciones de la Mina Agrupa Vicenta en La Unión (Murcia).

la ocupación de la industria y sus servicios en un territorio también flexible, por eso se ha pasado de la localización de áreas urbanas centrales a un modelo territorial que combina la ubicación urbana con una distribución más difusa sobre el territorio a lo largo de regiones metropolitanas más extensas, las actividades industriales clásicas que habían protagonizado la segunda revolución industrial comenzaron a ser sinónimo de espacio urbano abandonado y vacante, o bien han sido soporte para un patrimonio parcialmente rescatado en las políticas de la economía del turismo.

En la gestión del declive han aparecido ciudades y empresas globales donde afloran espacios industriales, “friches” y vacíos urbanos donde la industria que ocupaba parte importante del medio urbano constituye ahora bolsas de reserva para futuros crecimientos y alternativas al crecimiento urbano, donde los espacios industriales se

hallan interconectados: sus infraestructuras viarias por metro, ferrocarriles, ríos, canales que forman sistemas urbanos o regionales son ahora nuevos espacios industriales para la innovación y el cambio con nuevos usos.

El planeamiento en espacios patrimoniales contempla estrategias y una renovación de la planificación territorial, de este modo han surgido los proyectos urbanos con operaciones complejas; los productos urbanos con grandes artefactos para transformar entornos; el monumento constructor de un proyecto; y las nuevas centralidades que emergen con la percepción de unos nuevos paisajes en los territorios.

Los parques patrimoniales⁴ han evolucionado y se desarrollan en la recreación cultural de un espacio natural, donde un espacio cultural está controlado, aunque acotado y acotado por los avances de la urbanización y las instalaciones del hacer humano, y de forma transversal se visualiza como producto social por amplios espacios en donde desaparece su carácter de “recurso” para dominar su “condición natural” y vincularlo a otras partes del sistema general territorial.

Vivimos en un reto y desafío en nuestra convivencia, aparte de las cuestiones geopolíticas, la exclusión social, la desigualdad y pobreza creciente, la migración o la xenofobia, cuando la mitad de la riqueza universal se acumula en la actualidad en 25 ciudades solamente nos motiva honda preocupación e incertidumbre, tenemos casos paradigmáticos como Dubai que ha pasado de ser un desierto a constituir una metrópoli que se proyecta globalmente; Barcelona donde se presiente y evidencia los resultados de su apuesta terciaria con el riesgo del éxito de los años noventa; la megalópolis de México D.F. donde la desigualdad y la polución se entremezclan, al igual que en Shangai donde la ciudad se incrementa con 30 habitantes cada hora; Berlín esa ciudad que busca permanentemente dar una vuelta de tuerca a su atractivo en busca de nuevos públicos o Madrid con una periferia limitada por los excesos de la burbuja inmobiliaria. Las ciudades se dividen en “rápidas” y “lentas” en su carre-

ra hacia un destino presumiblemente exitoso, aunque incierto, o utilizando los términos de Porter⁵, el “winner” o “loser”, que aplicaba a las naciones y ahora podemos referenciarlo a los territorios.

Las ciudades están pasando a ser unos paisajes homogeneizados convergencia de prácticas arquitectónicas y urbanísticas más que del resultado de economías similares. Una dinámica que parte de las diferencias para obtener como resultado un paisaje común, y en este contexto, el patrimonio industrial, cultural y natural es ese factor que ofrece no solamente ventajas comparativas de un territorio, sino que puede ser garantía de su sostenibilidad futura.

La industrialización no solo ha supuesto transformaciones decisivas sobre el paisaje tradicional, sino una forma nueva de percibirlo, ya sea en entornos rurales o urbanos. Las edificaciones fabriles no pueden entenderse exclusivamente como monumentos que se valoren por su calidad arquitectónica o por sus características tipológicas, o bien por sus estilos o incluso por sus aspectos tecnológicos son “centro de un sistema”.

¿Hacia donde vamos?. Ciudades postindustriales y paisajes transformados

Se ha producido una convulsión en el mundo de las empresas, de los entornos y de la localización en la propia configuración de las ciudades industriales⁶. El caso de la industria automovilística y Detroit como ciudad industrial “fallida” parece atestiguarlo. El *Detroit “beyond fordism”*⁷ cuyas consecuencias y secuelas sociales, culturales y económicas son conocidas por su gran impacto mediático y visual, la gran crisis con la desarticulación de las fuentes tradicionales de su industria provocó una pérdida de población de más de 700.000 habitantes, la existencia de 800.000 estructuras vacías en un área de 359 km² evidenciaron un paisaje desolador, la mayoría de la ciudad estaba en ruinas según se exhibía en el año



Fabrica textil en Bejar, Salamanca.

2012. Asombró saber que el municipio había entrado en suspensión de pagos en 2013, una insólita situación de bancarrota de la que salió en 2014, y que planteó a políticos, urbanistas, sociólogos, economistas y sobre todo a las personas que allí viven, trabajan, sufren y sueñan la búsqueda de un renacer urbano, aunque fuese como una ciudad más pequeña pero más “amigable”.

El “*we out here*” se hizo popular, una nueva experiencia urbana que nos demuestra que no hay modelos de éxito para la desurbanización, pero que también constata que una nueva generación ve Detroit como un lugar creativo y libre. El proyecto Heidelberg plantea cuestiones innovadoras, entre ellas lanza al aire la pregunta de si ¿puede el arte redimir a las ciudades que menguan?. “*Detroit is no*

abiertos en su proyecto de Giuseppe Bella en 1923 que tuvo posteriores ampliaciones o adaptaciones. Su nueva funcionalidad inaugurada en 2007 mantiene el simbolismo de la fábrica desarrollando un proyecto de reutilización con una experiencia novedosa con base a la reivindicación enogastronómico del patrimonio agroalimentario italiano y a las nuevas tendencias de diseño, comidas y bebidas gourmet con la marca *Eataly*⁹ que ha tenido un éxito espectacular. El objetivo marcado en su conservación fue a través de la reorganización de los espacios preservando su identidad y proporcionando en su reutilización las adiciones necesarias siendo compatibles con su nuevo uso. En este proyecto de reconversión industrial nuevamente nos aparece la fábrica como memoria del desarrollo, configurando un nuevo paisaje industrial y a su vez dando un futuro a su histórico y simbólico pasado.

Ecomuseos y sistema patrimonial local del paisaje industrial. Sitios mixtos con patrimonio industrial y natural

Los paisajes industriales se consideran en su carácter evolutivo y en ellos se conservan en el territorio los componentes esenciales de los procesos de producción de una o varias actividades industriales, constituyendo un escenario privilegiado para observar las transformaciones y los usos que las sociedades han hecho de sus recursos.

Las fábricas son parte de la memoria del desarrollo así como el patrimonio industrial es una herencia cultural en el territorio. Las políticas que algunas ciudades y regiones han adoptado en el tratamiento e incorporación del paisaje a sus prácticas de gestión urbana y territorial tienen una casuística peculiar, no exenta de luces y sombras en su práctica cotidiana.

El concepto de *ecomuseo* fue introducido en Le Creusot en 1972, cuando el ministro de Medio Ambiente de aquel entonces presentó en una conferencia internacional ante



Canal de Castilla. Fábrica de Harinas.

especialistas de todo el mundo un nuevo experimento de museo, que había sido inaugurado en Borgoña (noreste de Francia). Un grupo de personas, entre las que se encontraban Henri Riviere y Hugues de Verine estaban trabajando con ideas innovadoras y radicales en torno a las ciudades de Le Creusot y Montceau-les-Mines, afectadas por una fuerte crisis de la secular minería del carbón y de la gran siderurgia. La población local de las villas mineras, apoyada por profesionales de museos, recuperaron espacios industriales abandonados, creando así una variante de museo que hablaba de la historia de la comarca y de sus habitantes: el Écomusee de Le Creusot-Montceau-les-Mines. La idea de utilizar el paisaje como una sala de museo informó a toda Europa de una nueva figura, la de los ecomuseos o museos del «medio total».

En Francia y en otros lugares de Europa siguen desarrollándose ecomuseos como iniciativas interdisciplinarias que muestran al hombre en el tiempo y en el espacio, en su medio ambiente natural y cultural, invitando a la población a participar en su propio desarrollo por distintos medios como garantía de su asunción como patrimonio propio, con sus costumbre y sus formas de ver la

vida. Todo ello con la implicación al respeto medioambiental y cuidado de su paisaje característico que es el que envuelve y da fuerza al relato de las historias que allí sucedieron. No es casual que en 1972 la denominación que adoptó en Le Creusot un recurso fuese el de *Museo del Hombre y de la Industria* que pretendía la valorización y visibilidad de la identidad de un territorio minero e industrial con la Factoría Schneider en la metalurgia, la producción cerámica o la fabricación del vidrio. La pervivencia de una cultura común y un territorio estructurado en torno a una vía de comunicación: el Canal del Centro fue elementos esenciales en su configuración como Ecomuseo desde 1973.

Desde hace tiempo se debate sobre si los ecomuseos y museos comunitarios en general son herramientas participativas para el desarrollo de sus territorios. El análisis de la gestión de los recursos locales como el patrimonio, en su sentido más amplio es un buen indicador para saber si cumplen sus objetivos. El museo de la comunidad, gracias a la confianza, directa, real o potencial que deposita la gente en él, ofrece un marco de encuentro y disponibilidad de la población para establecer relaciones con cada miembro de la misma, y así entre otras cosas conocer las necesidades de los empleadores del lugar que necesitan empleos y fuerza de trabajo. Es una forma de establecer un vínculo de utilidad social con los actores económicos del territorio y convencerlos de que son parte interesada. El ecomuseo está, de este modo, involucrado en el desarrollo de territorio.

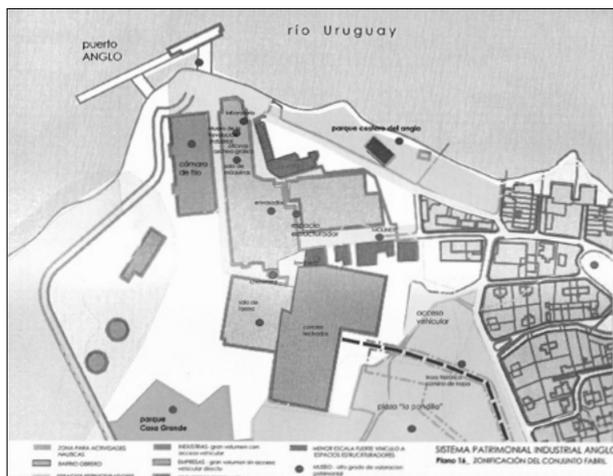
Otra experiencia de interés es la del frigorífico Anglo en Fray Bentos y su conjunto industrial, declarado por la UNESCO patrimonio universal en 2015. Esta ciudad uruguaya del Río de la Plata conforma un emporio industrial de transcendencia internacional, de hecho llegó a considerarse como “la cocina del mundo”, mantiene en pie diversos elementos que cumplen una funcionalidad que tienen una jerarquía como corresponde a un paisaje industrial. Es una ciudad cuyo origen deviene en un paisaje que tiene influencia en un amplio territorio donde anta-

ño lo agrario y ganadero era su vocación promordial: el río, los puertos, campos agrícolas y ganaderos, saladeros y frigoríficos, redes viales, sociedades creadas o amoldadas a cada acción comercial a través del tiempo, ninguna de las partes puede entenderse sino considerando un todo que, en este caso, se ha preferido llamar “sistema patrimonial industrial”.

Lo notable de esta cuestión es, sobre todo, los criterios de preservación y plan de manejo expuestos en su nominación para patrimonio mundial, en sus propuestas para su gestión futura por parte de las autoridades locales. El documento del plan director ilustra una figura importante para la propia gestión patrimonial y urbanística, considerada de desarrollo sostenible: un “sistema patrimonial local en un paisaje industrial” que entremezcla la geografía humana con el aprovechamiento de los entonces llamados “frutos del país” en una impronta cultural específica.¹⁰

En este sistema patrimonial, se han puesto a disposición los edificios de la antigua factoría para pequeños emprendimientos comerciales e industriales y también para un Laboratorio Tecnológico de importancia nacional. Está prevista a corto plazo que se albergue allí un Campus Regional de Educación Tecnológica, dependiente de la Universidad del Trabajo del Uruguay para atender la demanda existente en la región de los sectores educativo, productivo y organizaciones sociales y el primer edificio de la Universidad Tecnológica del Uruguay. Es decir que se ha fomentado por el gobierno local, la compatibilidad de las instalaciones históricas de valor patrimonial con un interesante polo educativo tecnológico que promoverá la investigación y el desarrollo, en conexión con el sector privado.

Hoy día, el Sistema Patrimonial e Industrial *Liebig & Anglo* es una referencia en la interpretación del patrimonio industrial en su vinculación con el paisaje. El frente fluvial y su entorno, sitio donde se desarrolló la propia cultura de ciudad puerto y el origen de su población, puede servir para ilustrar la recuperación, puesta en valor y conservación de espacios industriales.



Frigorífico Anglo en Fray Bentos y distribución de usos del suelo en el sistema patrimonial en el paisaje industrial.

En el caso español, enfatizando ese papel histórico que la fábrica tiene y ha tenido a través de su influencia e implicación en el entorno, se han avanzado diversas experiencias que suponen un “retorno” en ese nuevo aprovechamiento de su pasado y de aprovechamiento de su patrimonio industrial para nuevos proyectos que amplíen la cadena de valor territorial.

El legado de la industria en el paisaje está muy presente en nuestro país, señalamos sucintamente algunos donde la impronta en un paisaje cultural, natural e industrial se plantea de forma fuerte y evocadora: el Bajo Llobregat con sus colonias industriales o los paisajes de Suria y Cardona vinculados a los geoparques en Cataluña; el paisaje textil a través de esa senda en las riberas del río Cuerpo del Hombre en Béjar, la ruta de los molinos y la Casa de la Moneda en Segovia, el paisaje minero y entorno natural en Sabero, o el paisaje eléctrico en El Bierzo, el Canal de Castilla en Castilla y León, las Salinas de Añana, el paisaje minero de Bodovalle, de Zerain o el valle de Lenbur en el País Vasco, los parques mineros e industriales insertos en territorios de la energía: como en Puertollano, la sierra



Anglo Fray Bentos: vista desde embarcadero.

minera de Cartagena- la Unión en Murcia, el conjunto y paisaje minero de Almadén, o el área de Arrayanes en Jaén; por supuesto el paisaje de la caña de azúcar en la costa malagueña y granadina, el impresionante paisaje que nos han dejado las minas de oro de Rodalquilar en Almería tan magistralmente descrito por el escritor Juan Goytisolo en “Campos de Nijar”, el espectacular paisaje de las minas de cobre en Riotinto, o las evidencias de la fábrica como paradigma de la modernidad en Asturias con su tecnodiversidad que no es ajena a la biodiversidad característica de su naturaleza, con la homogeneización de las tipologías constructivas propias de la revolución industrial en el mundo.¹¹

La recuperación de elementos que caracterizan el territorio, abordados desde una visión holística del patrimonio industrial, cultural y natural da menudo aparece de forma fragmentada, nos hace ver el paisaje como un trozo de tierra y significa considerar como unidad lo que es un fragmento de la naturaleza, lo cual nos aleja completamente del propio concepto de naturaleza, como analiza G. Simmel.¹²

En el paisaje, la delimitación, el estar comprendido de un horizonte visual –momentáneo o duradero– es esencial; la base material de los distintos elementos que serán «naturaleza», pero, representados como «paisaje», como “singularidad óptica, estética o sentimental que se desgaja de esa unidad indivisible de la naturaleza, en la que cada trozo solo puede ser tránsito de las fuerzas universales de la existencia”.

Es fructífera la intervención artística en espacios abiertos, el ejemplo de las propuestas del artista Diego Arribas en las antiguas explotaciones de las minas de Ojos Negros en Teruel así lo atestiguan, añade a los espacios naturales un capital susceptible de explotación turística con coherencia vinculando la necesidad de establecer flujos de entrada y salida de gente que pueda influir en nuevos emprendimientos locales complementarios del propio proyecto creativo¹³.

Ante un paisaje, nuestra mirada puede reunir los elementos de distintas maneras, modificando los acentos, desplazar el centro y los límites. La esencia es «aquello por lo que una cosa es lo que es» o también «la naturaleza propia de una cosa». En el caso del territorio, su esencia consiste en si es o no aquel conjunto de elementos que mutuamente se relacionan –incluidas las personas que allí viven– los que le otorgan carácter, tan diferente de uno a otro territorio, y que nos explican la historia que allí ha sucedido. Esta esencia territorial se habría de tratar como patrimonio colectivo –natural y cultural– ya que conforma los fundamentos de una sociedad, de un pueblo.

La herencia cultural de la industria en el territorio

El paisaje es cultura y, precisamente por eso, es algo vivo, dinámico y en continuo cambio, está sometido a unas transformaciones muy intensas, bruscas y rápidas, lo que les conduce a una evidente degradación y banalización, sobre todo en términos de pérdida de sus valores

patrimoniales, simbólicos y sus tradiciones¹⁴. Es a estos paisajes a los que nos enfrentamos, en concreto los de la globalización, la hibridación, legibilidad, invisibilidad, en su carácter efímero y en su representación.

Atravesamos un sendero evolutivo en la historia de las empresas que forma parte de una geografía industrial donde la historia de una fábrica es el marco de un proceso simbólico de construcción de identidades, hay una prelación de la industria y el territorio con la acción de las sociedades sobre los soportes materiales de su existencia, ello conlleva unos sistemas de representación con elementos objetivos que estructuran un territorio y un imaginario colectivo.

Los paisajes se construyen socialmente, las miradas sobre el paisaje reflejan una determinada forma de organizar y experimentar el orden visual de los objetos geográficos en el territorio resultado de una transformación colectiva de la naturaleza. En las ciudades y en los territorios hay paisajes que pueden ser percibidos y sentidos, pero pueden no ser vistos, esa invisibilidad e la que hablaba Italo Calvino puede ser motivo también de emociones y sensaciones múltiples.¹⁵

Debemos superar la visión del territorio como un mero inventario de elementos, tanto naturales como culturales, e incorporar cada día una valoración del entorno que reúna formas y valores determinados. El paisaje no es un resultado acabado de una cultura, sino una realidad evolutiva. Hay que conservar transformando, el legado patrimonial contribuye a la identidad de un territorio creándose el patrimonio día a día, no sólo hablamos de memoria, también del presente y, en cierto modo, de proyecto de futuro.

El patrimonio en su conjunto, tanto rural como urbano, proporciona una personalidad determinada a los territorios. fomenta la diversidad cultural y genera lazos de identidad, a la vez que retroalimenta incesantemente la cultura de la sociedad. Esta herencia del territorio se percibe y valora por sus cualidades culturales, con sus huellas del trabajo, que es seña de identidad e historia del lugar y supone un recurso social y económico en territorios transformados.



Salto de Salime, proyecto de Joaquín Vaquero Palacios. Foto: Pedro Timon Solinis (Archivo INCUNA).

Notas

- ¹ Ver ÁLVAREZ ARECES, M. A.: Arqueología industrial el pasado por venir, páginas 11-15, edición de CICEES, volumen 4 de la colección "la herencia recuperada", Gijón 2007
- ² MUÑOZ, F.: Urbanización. Paisajes comunes, lugares globales, página 13, editorial Gustavo Gili, Barcelona 2008

³ KLEIN N.: "No logo, el poder de las marcas", ediciones Paidós 2007

⁴ SABATÉ J. y SCHUSTER M.: (coords). Projectant l'eix del Llobregat. Païlsage cultural i desenvolupament regional. Coedición de la Universidad Politècnica de Catalunya y el Massachussets Institute of Technologies, Barcelona 2009

⁵ PORTER M.: La ventaja competitiva de las naciones, Plaza y Janés editores, Barcelona 1991

- ⁶ Ver COHEN, R. B.: “The new International division of labor, Multinational Corporations and urban Hierarchy”, 49-56. The Global Cities, Urban Reader Series, edited by Neil Brenner and Rogel Kell, Routledge, Glasgow 2005
- ⁷ ABD’ELAZIZ M.: “Remaking a Region for Resilience” Department of Geography and Geology. Master of Science Urban and Regional Planning, Michigan University april 2013
- ⁸ ÁLVAREZ ARECES, M. A.: Patrimonio industrial en tiempo de crisis, páginas 22-39, en Arquitectura industrial restauración y conservación en tiempos de crisis, revista Ábaco nº 70, 2011 www.revista-abaco.es
- ⁹ Este proyecto de proyectos que es Eatly ha utilizado edificios históricos como el mercado de Firenze e industriales en Italia para su ubicación, su filosofía de funcionamiento que pone el patrimonio agroalimentario en su amplio sentido como objetivo, ver entrevista a Paolo Bongiovanni de Eatly <https://es.coursera.org/learn/empresas-alimentos-bebidas/lecture/epWDu/entrevista-con-paolo-bongiovanni-de-eataly>
- ¹⁰ BORETTO OVALLE, R.: “Fray Bentos y el sistema de paisaje cultural industrial” pág. 477-484 en Espacios industriales abandonados. Gestión del patrimonio y medio ambiente, INCUNA, ÁLVAREZ ARECES M. A. (coordinador) volumen15 colección “Los ojos de la memoria”, Gijón 2015, también consultado el SPIA, sistema patrimonial industrial Anglo, documento de síntesis (edición no venal), Intendencia de Rionegro, Uruguay, 2014
- ¹¹ Ver a este respecto el libro catálogo “100 elementos del patrimonio industrial en España”, coordinado por BIEL P. y CUETO G., edición de TICCIH en colaboración con el IPCE, Cicees 2011 y también VV.AA Patrimonio industrial y Paisaje, actas del V Congreso Conservación del Patrimonio Industrial y de la Obra Pública en España, edición de TICCIH, Cicees, Gijón 2010. Para el caso de Asturias, ÁLVAREZ ARECES M. A. (textos) y CALLES OYARBIDE, I. (fotógrafo), Paisajes de la industrialización asturiana, Editorial Trea, Gijón 2009.
- ¹² SIMMEL, G.: *Filosofía del paisaje*, página 49, Casimiro Editorial, Madrid 2013.
- ¹³ ARRIBAS, D.: (coord.) Arte, Industria y Territorio 2, Minas de Ojos Negros (Teruel), Fundación Brulas 2006
- ¹⁴ Ver NOGUÉ, J.: Territorios sin discurso, paisajes sin imaginario. Revista Ería, paginas 373-382. Editada por el Departamento de Geografía de la Universidad de Oviedo 2007
- ¹⁵ Italo Calvino describe magistralmente estas sugerentes visiones de la ciudad y del mundo en forma de relatos de viaje que Marco Polo hace a Kubali Kan emperador de los tártaros, evoca no solo una idea atemporal de la ciudad, sino que plantea un debate sobre la ciudad moderna, ver Calvino I. Las ciudades invisibles, 2.ª edición, Minotauro, Buenos Aires 1984. 